

# *BIBLIOGRAFIA*

## BESTIARIO

De *Julio Cortázar*

Editorial Alfaguara, México, 1991

Releo esta nueva edición del primer libro de cuentos de Julio Cortázar, obra que, siendo la primera de una larga serie, lo consagra ya de partida como un maestro del género. Cortázar es sin duda un gran cuentista, uno de los mejores de la abundante historia latinoamericana del relato corto. Al margen de lo que se opine de sus respectivas novelas, me parece que como narrador de cuentos supera con mucho a Vargas Llosa y a García Márquez. Desde sus primeros textos exhibe ya esos rasgos característicos de sus obras maduras: una prosa estupendamente suelta y flexible, y esas impredecibles rupturas de la realidad cotidiana que crean situaciones y mundos delicadamente absurdos, manejados con extrema habilidad.

Se recordará el breve y simple argumento de "Casa tomada", el texto inicial y justamente famoso. El protagonista que habla en primera persona y su hermana, ambos solteros -solterones-, viven sedentarios en su espaciosa casa, sin aprietos ni vicisitudes. Un día sucede que "han tomado la parte del fondo", no se sabe quiénes ni por qué. La reacción es igualmente parca y enigmática: los dos se repliegan a la parte libre de la casa, sin hacer cuestión del asunto. Unos días después, aparece tomado casi todo el resto de la casa, y la reacción de los dueños es todavía más natural y extraña a la vez: simplemente se van, dejando la casa tomada.

Es ocioso preguntarse por la clave -realista, fantástica, mágica- de este relato que lleva a su apogeo la naturalidad de lo extraño. Sencillamente -y este adverbio es esencial- por una pequeña fisura de la realidad penetra el absurdo -la toma de la casa-, pero de tal manera que no es descrito ni percibido ni dramatizado como absurdo, sino como la cosa más natural del mundo. Y este absurdo con carta de naturaleza en el mundo desencadena conductas también absurdas pero no por eso menos naturales. Es como explorar geometrías no euclidianas o espacios de *n* dimensiones. ¿Cómo sería el mundo si las casas pudieran ser tomadas por seres innominados, y la toma fuera parte de la rutina cósmica?

Así sería el mundo, nos responde Cortázar mediante la tranquila prolongación del argumento absurdo. Y la fuerza del relato reside, por una parte, en la inaudita tranquilidad con que conviven el orden establecido y el absurdo emergente; por otra, en la indiferencia verbal y emotiva del relato que cuenta el progreso del absurdo como si contara la más realista de las convenciones; y por último, en la precariedad de nuestro orden cósmico cotidiano, de nuestro vivir en casas no tomadas que cualquier día pueden serlo. El precedente más ilustre -si bien indirecto- me parece que se encuentra en esos relatos breves de Kafka donde lo más extraordinario se inventa y narra sin explicaciones, como si las fronteras de lo ordinario fueran insignificantes convenciones burguesas, de las que no vale la pena ocuparse siquiera.

No es fácil producir en el muro de la cotidianeidad esa grieta de lo fantástico devorador. Tan difícil es, que en el cuento siguiente, "Carta a una señorita de París", Cortázar no lo consigue, o lo que consigue es un efecto de menor cuantía: la absurda situación del huésped que vomita pequeños conejos -como si los pariera-, con las respectivas incomodidades. Pero ese acto de magia no es comparable a la casa enigmáticamente tomada: es un invento demasiado literario, una metáfora en acción, un juego de superficie. Resulta natural que sus efectos sobre los protagonistas disten mucho de remecer los cimientos existenciales del orden establecido, de la cordura, de la lógica. El cuento tiene su gracia, pero sólo gira en torno a una payasada. Y tampoco va más lejos el texto que sigue, "Omnibus", donde la protagonista, sin causa ni razón, es fijamente mirada por los demás pasajeros. La factura del relato es hábil, pero el clima kafkiano -por llamarlo así- no existe.

"Cefalea" intenta en vano conseguir una atmósfera de pesadilla a lo largo de dos ejes temáticos convergentes: la crianza de mancuspias, imaginarios animales de rara conducta, y las cefaleas de los extraños cuidadores: raros síntomas como sentir tormentas que pasan, o que el cerebro gira sobre sí, o caerse a través de la cama. El elenco casi clínico de rarezas es muy literario, poco más que retórica: carece de una auténtica atmósfera. Tampoco se consigue ésta en "Las puertas del cielo", una especie de antropología de la milonga -con mucho pintoresquismo externo- en versión narrativa: cuento ameno pero carente de esa dimensión suavemente fantástica que poseen los mejores relatos breves de Cortázar (no todos). El libro contiene otros dos cuentos prescindibles, o por lo menos pobres en cuanto a su segunda o tercera o enésima dimensión.

En cambio, si existe un cuento de brujas ambientado estrictamente en el mundo que nos rodea, y vestido del más común de los realismos en su escenario y su *mise en scene*, ése es el titulado "Circe", que alcanza la maestría de "Casa tomada" en otra dimensión muy distinta de lo preternatural. Desde el título -el nombre de una bruja mitológica de las playas mediterráneas- y desde el decidor epígrafe -tomado de Dante Gabriel Rossetti y alusivo a una mortífera historia de amor- estamos advertidos de la connotación de hechicería que seguirá. No obstante, ésta es tan sutil y ambigua, tan revestida de lo cotidiano normal, en la escueta historia de una muchacha a quien se le mueren dos novios, que cuando llega el tercer pretendiente con su esfuerzo por disipar el clima ominoso alrededor de su amada, leemos la virtual tragedia con una mezcla indefinible de inocencia y expectación, preguntándonos cómo será posible que se cumpla, en un escenario tan normal y reconocible, el augurio ominoso.

Hay sospechas por parte del lector, a partir de las sutiles y casi subliminales advertencias, pero estamos de parte de la normalidad, aunque sin poder disipar el oscuro temor. Y todo tan argentino, tan de barriada, tan verosímil en sus detalles caseros. El suspenso prosigue hasta el final mismo de la historia. Y cuando se precipita el desenlace ominoso, todos los leves avisos y presentimientos convergen en él con precisión malvada y exacta, sin dramatismos, suave y férreamente. No se

trata aquí del absurdo, como en "Casa tomada", sino de una fina sugerencia del mal preternatural, o de la fatalidad, o del más delgado horror. "Circe" es una pieza maestra de un género que, por lo leve, apenas nos atrevemos a llamar fantástico. Ambos relatos anuncian al eximio cuentista que será Cortázar en los excelentes cuentos de su madurez narrativa.

IGNACIO VALENTE

## EL LENGUAJE ESTETICO

De *Vicente Mengod*

Ediciones Rumbos, Santiago, 1991

Hace más de 50 años, desde España nos llegó el escritor valenciano Vicente Mengod. El nos traía el aire mediterráneo de la cultura clásica, y las vivencias de las altas figuras del pensamiento y la poesía de la Generación de 1898. Y en todo ello, no sólo fundamentación libresca, sino experiencia, estudios en Francia, recuerdos, y decantada finura para fijar la efigie humana, a veces contradictoria, atrabiliaria, monologante de don Miguel de Unamuno, o la interpretación exacta de la hiperestesia de Juan Ramón Jiménez.

Aquí está de nuevo Vicente Mengod con su cátedra ajena a todo apresuramiento, a toda odiosidad. Ha recogido más de 70 ensayos y artículos publicados en la prensa chilena. Y en cada una de sus páginas, el meditador en torno a la esencia de la poesía medieval o renacentista se da con erudición nunca agobiante, pues, une a su reflexión, el develamiento de lo más íntimo de la poesía, la casa del Ser, al decir de Martín Heidegger. Así su discurrir certero define la poética y el ánimo de su creador.

Ejercicio de la sensibilidad, de las relaciones imprevisibles de los contrarios, realiza Mengod. En este hacer va valorando, al margen de lo gárrulo de ciertas obras, el hacer del artista literario que burila el lenguaje, que lo ilumina con la artesanía en la elección de los ritmos y la eficacia de la sintaxis, y la gracia de las imágenes. Sí. Lenguaje estético como suprema invitación para regocijarnos no únicamente con su belleza; también para conquistarnos con su conceptualización del mundo, en forma sentenciosa. Así Vicente Mengod nos hace gozar su admiración por José Ortega y Gasset o por el lirismo pleno de temblor existencial de Antonio Machado.

El ensayista discurre como escritor que no desdeña las antípodas. Se regocija en las comparaciones, y se retrotrae al hontanar del idioma en las fuentes latinas del medioevo y valoriza la constante arábica que -como napa imperceptible- aflora en la poesía española. No olvidemos que Mengod es autoridad y un acucioso divulgador de la lírica más antigua de la cultura árabe. Su aporte en sus investigaciones alcanza